



Universidad  
Finis Terrae®

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE

FACULTAD DE ARTE

ESCUELA DE ARTES VISUALES

## **NOSTALGIA Y ALIENACIÓN: EL PRESENTE Y FUTURO EN LOTA**

CONSTANZA CONSUELO FLORES LEÓN

Ensayo crítico presentado a la Escuela de Artes Visuales de la Universidad Finis Terrae  
para optar al grado de Licenciada en Artes Visuales, Mención Pintura.

Profesor Guía Taller de Grado: Víctor Pavez Miranda

Profesor Guía Preparación de Tesis: José Tomás Fontecilla Palma

Santiago, Chile

2025

## **AGRADECIMIENTOS**

A mi papá, por ser mi primera conexión con la problemática y el territorio expuestos en estas páginas. Por su apoyo en cada una de mis decisiones, por, sobre todo, su amor y fe en mí.

A mis hermanos Joaquín y Leonardo, y a toda mi familia, que, sin sus palabras, su contención y su risa, no sé dónde estaría. Gracias por su enorme cariño, por ser un lugar seguro al cual poder llegar y por los momentos de regaloneo con papas fritas.

A Alex, Valentín, Paque, Francis y a todos mis amigos que conocí entre las salas de la universidad e hicieron de estos años los más gratos. A mi mejor amiga Pía, porque me haces ser mejor persona y artista, porque me has acompañado en cada paso aun desde la distancia y sé que estarás en los que vienen en el futuro.

Gracias también a aquellas personas que me brindaron su conocimiento y apoyo en la construcción de este y otros proyectos, fueron un soporte fundamental del cual siempre estaré agradecida.

## ÍNDICE

RESUMEN Y PALABRAS CLAVE .....	5
CAPÍTULO 1. LOTA: AUGE Y CRISIS DEL CARBÓN.....	16
1.1. Creación de la compañía carbonífera e industrial de Lota.....	16
1.2. Construcción de comunidad y paternalismo industrial .....	18
1.3. La crisis del carbón y el cierre de las minas .....	18
1.4. Consecuencias culturales y simbólicas .....	20
CAPÍTULO 2. ALIENACIÓN Y ACELERACIÓN SOCIAL.....	22
2.1. Actualización del concepto .....	22
2.2. Aceleración social y el fin de los ritmos colectivos .....	23
2.3. La pérdida del horizonte compartido .....	25
CAPÍTULO 3. LA NOSTALGIA COMO RECURSO CULTURAL .....	27
3.1. Nostalgia: restaurativa vs. reflexiva .....	27
3.2. La memoria social.....	28
3.3. La nostalgia en Lota .....	30
CAPÍTULO 4. EL ARTE COMO LUGAR DE RESONANCIA.....	32
4.1. Sobre la obra: <i>Ruinas de Lota, cuerpos de memoria</i> .....	32
4.1.1. Proceso e intención.....	32
4.3.2. Primer acercamiento al material: la glicerina como contenedor .....	33
4.3.3. Ensayar la forma de mostrar.....	34
4.3.4. Ruinas, memoria y territorio (descripción final de la obra).....	35
CONCLUSIÓN .....	37
Bibliografía.....	42

## ÍNDICE DE FIGURAS

FIGURA 1. CONSTANZA FLORES. SIN TÍTULO. 2025. GLICERINA CON CUBIERTA DE ARCILLA. 5X5X5 CM.....	32
FIGURA 2. CONSTANZA FLORES. 2025. APUNTE BITÁCORA.....	32
FIGURA 3. CONSTANZA FLORES. 2025. APUNTE BITÁCORA.....	34
FIGURA 4. CONSTANZA FLORES. 2025. APUNTE BITÁCORA.....	34
FIGURA 5. CONSTANZA FLORES. CUERPO 1: CASTILLO. 2025. VARILLA DE METAL, LUZ LED, GLICERINA E IMPRESIÓN FOTOGRÁFICA. 130X10 CM.....	35
FIGURA 6. CONSTANZA FLORES. RUINA 1: CENTENARIO. 2025. ACRÍLICO RECUBIERTO EN GLICERINA Y LUZ LED. 20X6X7 CM. ....	35

## RESUMEN Y PALABRAS CLAVE

La siguiente investigación explora cómo la aceleración contemporánea y los procesos de desindustrialización han generado una ruptura en la relación afectiva entre la comunidad de Lota y su territorio. A partir de los aportes de distintos autores, entre ellos Hartmut Rosa y Svetlana Boym se analiza la alienación como forma de desconexión y la nostalgia reflexiva como un recurso crítico capaz de resistir el olvido y reactivar vínculos simbólicos y comunitarios. El estudio histórico de Lota evidencia que el cierre de las minas no implicó solo la pérdida laboral, también significó la fragmentación de un imaginario compartido y de un modo de vida en su totalidad.

En este contexto, el arte surge como un medio para reactivar la memoria afectiva. La instalación *Ruinas de Lota, Cuerpos de memoria* articula imagen, luz y materialidad para generar un espacio de resonancia donde pasado y presente vuelvan a encontrarse. El proyecto demuestra que la creación puede actuar como un dispositivo de cuidado, capaz de restituir vínculos y abrir nuevas formas de habitar la memoria.

**PALABRAS CLAVE:** Nostalgia reflexiva, alienación, resonancia, patrimonio, arte contemporáneo, Lota.

“Correr el velo del olvido o dictar leyes de olvido han sido expresiones que vienen desde el siglo XIX en la historia chilena y que han formado parte del discurso político... generando la expectativa de que los grandes conflictos se resolvían decretando la obliteración de la memoria de ellos.”

Elizabeth Lira, 2010, p. 24.

La reflexión de Lira nos presenta una constante en la historia política chilena: la creencia de que se pueden anular los conflictos sociales y los traumas colectivos por medio de un mágico pensamiento de olvido forzado. En lugar de sanar las rupturas y las pérdidas, el discurso político tradicional busca decretar la obliteración de la memoria, esperando que, al omitir la historia —a su conveniencia— los conflictos más grandes queden resueltos. Sin embargo, imponer este olvido no termina y soluciona una disputa, por el contrario, la desplaza de la esfera pública hacia la subjetividad de quienes lo experimentaron, dejando marcadas a generaciones enteras con sentimientos de pérdida, extrañamiento y desarraigo.

Estos procesos de memoria y olvido no se viven exclusivamente en el plano individual, sino que atraviesan comunidades enteras, dejando marcas profundas en sus formas de habitar el tiempo y el territorio. En Chile existe un caso ejemplar de esto; la comuna de Lota, cuya transformación histórica nos permite observar cómo un proceso productivo puede modelar la vida colectiva y, a su vez, cómo su abrupta pérdida genera experiencias de **desarraigo y alienación**. Para ayudarnos a comprender con mayor claridad esta situación, es necesario revisar brevemente la historia del carbón en Chile y el rol que desempeñó en la configuración social y cultural de la zona.

A raíz de la revolución industrial, y la llegada de las maquinarias a vapor a mediados del siglo XIX, fue que comenzó a aumentar la demanda por fuentes de energía que proporcionan calor intenso a bajo costo: “En Chile, fue la llegada de los primeros vapores lo que atrajo las miradas de los hombres progresistas hacia la posibilidad de encontrar en el país yacimientos de carbón fósil.” (Astorquiza, 1929, p. 30). Esta esperanza de hallar el mineral

estaba respaldada por indicios de este en las costas del golfo de Arauco y la provincia de Concepción; aunque en 1844 se iniciaron los trabajos de extracción de carbón en lo que hoy es la población Lota Green, a cargo de Alemparte y Cía., fue la llegada de Matías Cousiño en 1852 la que permitió la consolidación de la explotación en la zona costera y el posterior desarrollo de Lota como ciudad minera.

Esta consolidación empresarial llega con la creación de la Compañía Carbonífera e Industrial de Lota, la cual estuvo a cargo de organizar la explotación, la logística y la administración de la faena minera. Impulsada inicialmente por Matías Cousiño y Tomás Garland, la empresa pasó unos años después a un control mayoritario de la familia Cousiño. Durante la dirección de Matías Cousiño se registró un marcado crecimiento de la producción: antes de su llegada no trabajaban más de un centenar de obreros, se extraían apenas unas 60 toneladas diarias y no existía una población estable; diez años después la población era aproximadamente de 5.000 habitantes, la fuerza de trabajo se multiplicó por cinco y la producción promedió cerca de 200 toneladas diarias.

Lota creció tanto en lo económico como en lo infraestructural: se desarrollaron comercios y fábricas —entre ellas la fábrica de ladrillos y una fundición de cobre—, y se construyeron instalaciones claves para la actividad minera como el muelle de embarque, los talleres mecánicos y las vías de carga. A la vez, se consolidó la zona urbana destinada a directivos y empleados, y la empresa promovió la edificación de viviendas obreras, plazas, hospitales e iglesias, configurando así un tejido social fuertemente articulado en torno a la Compañía (Astorquiza, 1929). Esto fue configurando un fuerte paternalismo industrial, de modo que, se moldeó la vida cotidiana de la comunidad a base de la rutina de las minas; sus celebraciones, turnos y hasta la organización espacial de la ciudad. Funcionaba como un “reloj colectivo” que marcaba la existencia de todos los habitantes.

Más allá del impacto local, el carbón de Lota tuvo un papel importante en la modernización regional y nacional: abasteció la navegación a vapor y el transporte ferroviario, sirvió de energía para industrias y articuló circuitos comerciales que integraron la cuenca del carbón a la economía chilena. Sin embargo, este tipo de dependencia estructural sobre el carbón hizo a Lota particularmente vulnerable: con el cambio en las condiciones económicas y políticas del país unas décadas más tarde, la interrupción de la actividad minera

desencadenó un colapso de los ritmos sociales. Fragilidad que se manifiesta con crudeza en el declive y posterior cierre de las faenas, proceso que no solo trajo desempleo masivo, sino también la disolución de los vínculos y sentidos compartidos que habían sostenido a la comunidad por más de un siglo.

En este ensayo nos enfocamos en la comuna de Lota, un territorio que sufrió fuertes quiebres en su ritmo de vida, vínculos y sentidos compartidos tras el cierre de las minas de carbón. Lota se formó históricamente como una ciudad minera en torno a la extracción de este mineral; durante muchos años la actividad minera articuló más que la economía local, también el estilo de vida de quienes vivían allí. El declive de las actividades carboníferas y el progresivo cierre de las faenas reconfiguraron ese orden social y, más allá de la falta de empleo, se produjeron transformaciones profundas en las redes y sentidos comunales que sostenían la identidad lotina.

El cierre definitivo de las minas de carbón en 1997 marcó un antes y un después en la historia de Lota. A pesar de la reconversión laboral impulsada por el Estado, miles de trabajadores quedaron desempleados y muchas familias se vieron obligadas a buscar sustento en otra parte. Así, lentamente, las calles, barrios obreros y los espacios comunes que albergaron una vida intensa durante más de un siglo comenzaron a vaciarse y con ello se diluyó en gran medida la trama social que sostenía la identidad local. De este modo, la crisis del carbón no solo fue la pérdida de una actividad productiva, sino también la fractura de un modo de vida. En este punto debemos preguntarnos ¿qué ocurre con la identidad comunal cuando desaparecen los referentes que habían sostenido la vida de Lota durante más de un siglo?

Este quiebre desencadenó un sentimiento de extrañamiento respecto del hogar propio y del estilo de vida que había dado forma a la comunidad: una experiencia que puede leerse como una forma de **alienación colectiva**. En Lota emergieron expresiones de nostalgia, debido a la persistente memoria minera que acompañó la cultura de las personas, surge entonces la pregunta de si la nostalgia, más allá de ser una simple emoción, puede funcionar como una herramienta crítica para recomponer vínculos comunitarios en el presente, ¿es posible que este afecto compartido abra espacios de resonancia entre los sujetos y propicie formas más duraderas de comunidad? En este caso, el sentimiento nostálgico no aparece solo

como una añoranza del pasado perdido, sino como un recurso cultural y afectivo que permite sostener la identidad comunal frente al daño. Más que una emoción individual, la nostalgia opera como un fenómeno social que ofrece refugio y al mismo tiempo funciona como un “desacelerador” del presente: es un espacio donde la comunidad busca restituir vínculos y proyectar continuidad en medio de la discontinuidad histórica.

Para comprender más a fondo este fenómeno, es necesario analizar el concepto de alienación. Este ha sido objeto de estudio y reflexión desde el siglo XIX por pensadores de la filosofía y las ciencias sociales. A modo de síntesis, Hegel entendió la alienación como el extrañamiento del espíritu, es decir, la separación de la conciencia respecto de sí misma y de la realidad, lo que genera un sentimiento de descontento. Por otro lado, Marx retoma este concepto y lo traslada al ámbito de la producción capitalista, explicando que el trabajador parece separado de su producto, de su proceso de creación y de sí mismo, esto convierte la alienación en una experiencia material y social más que meramente psicológica (Broncano, s.f.).

A partir de estas formulaciones clásicas, el filósofo y sociólogo Hartmut Rosa actualiza el problema al situarlos en el plano temporal. En su libro *Alienación y aceleración* (2016), distingue entre aceleración tecnológica, aceleración del cambio social y aceleración del ritmo de vida. Para el caso de Lota resulta especialmente relevante la segunda, ya que nos permite comprender cómo el cierre de las minas —un proceso que logró transformar en apenas unas décadas estructuras sociales que habían permanecido estables por más de cien años— desencadenó un profundo desajuste en la vida comunal. Rosa denomina a este efecto una falta de resonancia; se traduce como la imposibilidad de sostener vínculos significativos con el entorno, el tiempo y la comunidad, lo que en Lota se expresa como una experiencia de alienación colectiva marcada por la pérdida de un “reloj común”.

En esta línea, Fernando Forero, en su artículo *¿Qué es alienación?* (2021), propone una actualización del concepto de alienación que retoma las formulaciones clásicas de Hegel y Marx, pero las desplaza hacia el análisis de las sociedades contemporáneas. Mientras que para Hegel la alienación se vinculaba al extrañamiento del espíritu y para Marx a la separación del trabajador respecto a su producto y proceso de creación, Forero sostiene que hoy la alienación se manifiesta como una experiencia estructural de la vida cotidiana,

atravesando dimensiones sociales, simbólicas, emocionales y corporales. Se trata de un fenómeno más sutil y normalizado, en el cual el malestar no se limita a la explotación laboral, sino que se expresa en la fatiga, el desarraigo vital y la pérdida de horizontes compartidos.

Como él mismo plantea “una manera de formular la crisis de las sociedades contemporáneas es, entonces, la pérdida de mundo en el sentido de referentes comunes de significatividad [...] nos desmundanizamos. Esa pérdida de mundo es lo que señala el término de alienación” (Forero, 2021, p. 206). Según el autor, el sistema en el que vivimos fomenta el alejamiento de un sentido general compartido y hasta de un mismo mundo.

En el caso chileno, Tomás Moulian (1997) nos ofrece un marco clave para comprender cómo estos procesos se expresan en la historia reciente. En *Chile actual. Anatomía de un mito*, el autor habla sobre el concepto de “transformismo” como un proceso de reestructuración forzada que buscó adaptar a los sujetos a las exigencias de un nuevo orden político y económico, postdictadura. Este transformismo no solo implicó cambios materiales, también fue una vasta reconfiguración social y cultural, en la que la tradición minera y obrera perdió centralidad. Desde esta perspectiva, la experiencia de Lota se inserta en una dinámica nacional más amplia, donde la alienación no se explica solo por la pérdida del trabajo minero, además por la imposición de un modelo que debilitó identidades colectivas históricamente ligadas al mundo laboral.

Continuando con la reflexión sobre la transformación y la pérdida de identidades colectivas en Chile, la teórica cultural y artista Svetlana Boym, en *El futuro de la nostalgia* (2015), ofrece una perspectiva que permite comprender cómo los sujetos procesan estos cambios. En su obra, ella distingue dos formas de nostalgia: la restaurativa, que tiene por objetivo buscar “reconstruir” el pasado, idealizándolo y considerándolo como una verdad y tradición. Es todo aquello que debemos recuperar. Basándose en que el pasado fue un tiempo auténtico y mejor que el presente; y la reflexiva, que se caracteriza por tener una actitud más crítica y reflexiva respecto del pasado, es consciente de la distancia temporal, reconociendo que no es perfecto, que ha cambiado y está fragmentado. La nostalgia reflexiva, a diferencia de la restaurativa, no busca volver, sino meditar desde la pérdida y construir un sentido a partir de esta conciencia. En contextos como el de Lota, donde la comunidad fue desestructurada por procesos de modernización y neoliberalismo, la nostalgia reflexiva cobra

especial importancia, ya que permite interpretar y sostener la vida presente a partir de los recuerdos, de los vínculos y rituales cotidianos, sin pretender volver a un pasado idealizado.

Siguiendo con este razonamiento, la nostalgia reflexiva adquiere aún más solidez en un presente estancado y un futuro que es impensable. De esto nos habla Watt Colquhoun (2024), en la introducción de *Deseo postcapitalista*, donde expone que sentimos un estancamiento en la continuidad de la vida, debido a un malestar emocional que tiene sus raíces en un vacío simbólico y afectivo. Colquhoun expone que el futuro está suprimido y el presente inhabitable, por lo que nace un deseo de volver hacia el pasado buscando un refugio o un punto de origen al sentido de nuestra actual existencia.

Sobre la nostalgia como una respuesta a este presente, Colquhoun, (2024) se refiere a una forzada expresión de positividad —como la alegría colectiva— que opera como consuelo al malestar emocional privado de cada persona. No obstante, ninguna logra salir de este presente, que no tiene ni proyección ni deseos. Esta idea nos pone sobre la mesa cómo el sistema impide la posibilidad de reconocimiento colectivo y la oportunidad de orientarse socialmente de manera significativa. En Lota, este malestar se materializa en la fragmentación social, haciendo de la memoria del pasado un medio para sostener la identidad local.

Desde la perspectiva de la memoria social, Elizabeth Lira (2010) destaca que los recuerdos colectivos no solo permanecen en la mente individual, sino que se materializan en prácticas, espacios y objetos que sostienen este sentido de pertenencia compartido. En Lota, podemos ver esto reflejado en los vestigios de la actividad minera, las tradiciones comunitarias y los lugares emblemáticos que, a pesar de la pérdida de centralidad económica del carbón, siguen funcionando como referentes de identidad. La memoria, entonces, no es solo un registro del pasado, sino un recurso activo que permite a la comunidad reconstruir lazos, interpretar su historia y resistir frente a los procesos de desarraigo y modernización señalados por Moulian, ofreciendo una resonancia simbólica ante los efectos de la aceleración social descritos por Rosa.

De este modo, los aportes de los diferentes autores mencionados nos permiten leer la situación lotina más allá de la dimensión económica, la sitúa en una trama de vivencias

simbólicas, afectivas y comunitarias. Desde esta perspectiva, la alienación se entiende como un proceso de desajuste vital y pérdida de referentes compartidos, produciendo un sentimiento de extrañamiento que se extiende hasta el presente.

Sin embargo, la memoria y la nostalgia actúan aquí como recursos activos: la primera sostiene los referentes comunes en prácticas y lugares; la segunda ofrece un marco afectivo desde el cual la comunidad intenta recomponer su pertenencia. En esta circunstancia, la nostalgia, más que una simple añoranza por el pasado se puede leer —desde la actitud reflexiva que propone Boym— como una forma crítica de resistir el olvido, restituir la resonancia y sostener la identidad comunal frente a los efectos de la modernización y la aceleración social. En el fondo, lo que está en juego es discernir si la nostalgia puede ofrecernos algo más que un escape melancólico, transformándose en una herramienta significativa para volver a habitar el presente con sentido.

Con esto establecido y habiendo mostrado cómo la nostalgia emerge como una estrategia de resistencia frente a la alienación colectiva, a continuación, el objetivo general de este ensayo es explorar las maneras en que la nostalgia reflexiva puede contribuir a recomponer el sentido de pertenencia e identidad en la comuna de Lota, frente al desarraigo producido por el cierre de las minas y la aceleración de los cambios sociales.

A partir de este objetivo y con el fin de abordarlo de manera más precisa, se proponen los siguientes objetivos específicos:

- Analizar de qué manera el cierre de las minas de carbón y la aceleración del cambio social transformaron la identidad colectiva en Lota.
- Revisar los aportes de distintos autores sobre la alienación y la nostalgia reflexiva para comprender cómo estos conceptos permiten leer el caso de Lota.
- Explorar cómo la nostalgia opera como recurso para mantener o reconstruir conexiones afectivas, simbólicas y comunitarias en contextos de crisis social.
- Reflexionar sobre el uso de la memoria y la nostalgia reflexiva en el arte contemporáneo como una herramienta que busca anteponerse al olvido y el desarraigo.

- Realizar un análisis crítico de mi propia producción artística a la luz de este marco conceptual.

En este sentido, surge la necesidad de indagar cómo se manifiesta esta forma de nostalgia dentro de las prácticas artísticas actuales y de qué maneras puede operar como recurso para sostener memoria y comunidad. ¿Qué recursos visuales, narrativos y/o simbólicos están usando los artistas para activar memorias afectivas en contextos de transformación, como el de Lota? Esto nos resulta clave para llegar a comprender cómo el arte no solo representa el pasado, sino que tiene el poder de detener el tiempo e invitarnos a la pausa. Una pausa que nos da el pie para generar espacios de resonancia donde lo personal y lo colectivo se entretrejen.

Mi intención con esto es poder comprender cómo la nostalgia puede ser una herramienta activa dentro de la creación artística, capaz de recomponer identidades, restaurar vínculos comunitarios y dar sentido a experiencias de extrañamiento, sin limitarse a ser un recuerdo meramente melancólico ni utilizarlo como una excusa para evadir el presente. Se trata, más bien, de analizar si, a través del arte, es posible transformar la memoria y la emoción en un espacio de reflexión y acción para la comunidad.

Desde estas inquietudes, se propone pensar la nostalgia —particularmente en su forma reflexiva— como una respuesta cultural que, en el caso de Lota, permite enfrentar el desarraigo luego de la pérdida de su eje central y la aceleración de los cambios sociales, buscando abrir un espacio de reconstrucción tanto de sentido como de identidad frente a la alienación.

Hablar de Lota no es solo hablar de una ciudad marcada por la minería, es poner sobre la mesa a una comunidad cuya vida entera fue modelada por un sistema productivo y luego abruptamente despojado de él. En ese vacío quedaron historias, vínculos y modos de habitar que hoy persisten como huellas incompletas en la memoria colectiva. Por eso, detenerse en este caso no significa solo mirar hacia atrás, sino preguntarnos qué ocurre con una comunidad cuando pierde los referentes que daban forma a su mundo compartido. Es un problema que sobrepasa lo local y nos pone frente a un dilema contemporáneo: la fragilidad de los vínculos sociales en un contexto de modernización acelerada.

Desde este punto, pensar la alienación colectiva de Lota, se vuelve una manera de examinar los efectos que Rosa describe como la “aceleración del cambio social” y, a la vez, reconocer lo que Forero llama la pérdida de un “mundo común”. Las vivencias de desarraigo que se manifiestan allí no son exclusivas de la historia del carbón, son, más bien, un reflejo de procesos que atraviesan a muchas comunidades antes las rupturas del sistema económico y cultural. La importancia de este tema radica justamente en que nos da pie a interrogantes sobre cómo se reconstruye la identidad cuando lo que era una certeza compartida, desaparece.

En medio de este panorama, detenernos a pensar en la nostalgia adquiere un papel decisivo, no es solo mirar hacia el pasado y anhelar lo que se perdió, sino una forma de relacionarse con la memoria que reconoce las heridas del tiempo y las asume como parte de la experiencia latente. Este pensamiento nos abre la puerta para cuestionarnos cómo estamos viviendo hoy, cómo nos vinculamos unos con otros y con lo que ya no está. Para Lota, esta clase de reflexión aparece como un recurso vital al permitir recomponer lo que está fragmentado, mantener viva la memoria frente al olvido impuesto y generar nuevas formas de pertenencia que dialogan tanto con lo que se perdió como con lo que aún prevalece. Es una vía posible para comprender cómo nos puede brindar un espacio de pausa, cuidado y sentido. Más que solo un gesto nostálgico, se convierte en un lente para observar con mayor claridad cómo nos relacionamos con nuestro tiempo y nuestros recuerdos. Es fundamental para permitirnos repensar nuestra manera de vincularnos y crear sentido. En este tiempo que tiende a lo efímero y lo superficial, volver la mirada a lo que nos conecta puede ser una forma de resistir la enajenación, abriendo un espacio de resonancia donde todavía es posible reconstruir comunidad.

Dentro de las Artes Visuales, esta problemática es especialmente significativa. El arte posee la capacidad de activar memorias y de hacer visible lo que parece destinado a borrarse. En un territorio como Lota, donde los vestigios de la minería permanecen en paisajes, relatos y objetos, la práctica artística puede funcionar como un medio para interrumpir el silencio, resignificar lo que fue vivido y ofrecer a la comunidad espacios de reflexión compartida. Investigar la relación entre alienación, memoria y nostalgia, no solo permite comprender este caso histórico particular, es también, explorar el potencial del arte como herramienta crítica

para elaborar las experiencias sociales de pérdida y transformación que nos atraviesan hasta hoy.

Una idea que ilumina especialmente esta reflexión es la que recoge Rosa de Lübbe sobre la temporalidad de la experiencia:

El pasado se define como aquello que ya no se sostiene, aquello que ya no es válido. El presente, entonces, es el lapso de tiempo en que [...] coinciden los espacios de experiencia y de horizontes de expectativas. Solo dentro de estos periodos de relativa estabilidad podemos aprovechar las experiencias pasadas para orientar nuestras acciones e inferir conclusiones a partir del pasado con miras al futuro. (Lübbe, citado en Rosa, 2016, p. 26).

Esta idea nos ayuda a comprender que la memoria y la nostalgia no son un mero anclaje en lo perdido, sino un recurso activo; es en el presente donde se decide qué del pasado sigue teniendo sentido y cómo esas huellas pueden proyectarse en el horizonte que compartimos. A los lotinos les invita a pensar en su pasado —más que como una herida— como un suministro de experiencias que pueden iluminar el presente y proyectar futuros posibles.

Desde la mirada personal, veo en Lota vestigios de lo que alguna vez se vio como símbolos de grandeza industrial, como poder y fuerza. Restos que han sido completamente abandonados por el estado y más aún por su propia gente. Con este ensayo busco despertar en las personas que habitan el territorio, la importancia de reconocer lo que fueron para distinguir lo que pueden llegar a ser, si resisten ante el fuerte golpe del olvido y son conscientes de lo que estuvo antes pueden comenzar a vivir un mejor presente.

En este sentido, este trabajo examinará una forma de abordar la alienación colectiva de la ciudad desde la nostalgia, a través de mi propia práctica artística y las posibilidades del arte para activar memorias en contextos de crisis. Este ensayo se propone como una reflexión crítica que busca comprender y proponer caminos para imaginar modos más significativos de habitar el tiempo.

## CAPÍTULO 1. LOTA: AUGE Y CRISIS DEL CARBÓN

### 1.1. Creación de la compañía carbonífera e industrial de Lota

Como mencioné anteriormente, la potencia industrial en la que se convirtió Lota no se desarrolló, sino, hasta la consolidación de la compañía de carbón, pero esta misma atravesó diferentes etapas antes de llegar hasta su esplendor a mediados del siglo XX. Comenzando como una unión entre los Sres. Juan José Arteaga y José Antonio Alemparte cuando adquirieron terrenos de Lota y Colcura —donde posteriormente se edificaron la fábrica de ladrillos y la fundición de cobre— pertenecientes a los indígenas que vivían en la zona. La naciente industria tuvo diferentes limitaciones durante sus primeros años, entre ellas y principalmente, la carente estima y valoración que tenían las empresas por el carbón nacional. En palabras de John Mackay: “Es evidente que este estado de cosas hacía muy precaria la situación para la explotación del carbón nacional, y excluye casi por completo su uso en el norte y aun en los vapores” (Mackay, citado en Astorquiza, 1929). Esto nos evidencia la realidad de la situación hasta ese momento y es que con toda la desconfianza que existía para con el producto, hacía falta una persona que se posicione a la cabeza y defendiera el verdadero valor del material que se podía extraer de la costa chilena.

Fue entonces cuando el joven empresario Matías Cousiño, en un afán por consolidar la independencia económica del país y disponer de fuentes de combustible propias, decidió invertir en los fértiles yacimientos de carbón de la provincia de Concepción. En una alianza con Tomás Garland y Alemparte y Cía. se creó la primera compañía de Lota el 9 de septiembre de 1852, en marzo de 1856 compraba la sociedad “Cousiño y Garland” los derechos de Alemparte para, posteriormente, pasar a convertirse en la sociedad “Cousiño e Hijo” al adquirir —entre Matías y su hijo Luis— todos los derechos a las minas de Lota.

Bajo la dirección personal de Matías Cousiño, la empresa creció considerablemente, pues contrató al personal mejor calificado en el área —entre ellos ingenieros y arquitectos provenientes de Europa— para la instalación de los primeros piques con la mejor maquinaria y la dirección de explotación mineral. La industria carbonera de Chile se forma gracias a la adquisición de las minas de Lota por parte de Don Matías, desde ese momento se puede

apreciar su aumento y la importancia que tendría en el progreso del país. (Mackay en Astorquiza, 1952).

Con objetivos definidos, comienza a construir la infraestructura que sería decisiva para el futuro de su empresa y de la propia ciudad. Comenzando con el muelle de embarque, fue el mejor y más extenso de su tiempo en todo el litoral (Patrimonio Industrial Biobío, s.f) con una extensión de 250 metros de largo aproximadamente, disponía de un winche a vapor y rieles en toda su longitud. El puerto recibía un promedio de 200 buques al año. En 1854 se iniciaron los funcionamientos de la Fábrica de ladrillos que abastecía a las minas del norte para los hornos de sus fundiciones con material refractario a bajo costo, de modo que, “los obligaba” a consumir el carbón extraído de Lota. Esta fábrica, además, elaboró la cañería para el sistema de alcantarillado, baldosas y objetos de arte. Entre otras obras, se encuentran los talleres mecánicos y de mantenimiento y vías de carga.

Con esto se crearon puestos de trabajo y cada vez más personas llegaban a Lota para trabajar en las minas o en la superficie. La compañía ofrecía vivienda y estabilidad a cada uno de los trabajadores y de esta manera comenzó a construirse también una comunidad alrededor de la misma. Hacia finales del s. XIX e inicios del s. XX ya estaba constituida toda la zona de Lota Alto, donde vivían obreros y empleados de la empresa, este sector controlado en su totalidad por la industria carbonífera se presentaba con mayor progreso urbanístico que el resto de la ciudad. Sus calles estaban totalmente pavimentadas y todos sus habitantes gozaban de luz eléctrica y agua potable. También dispusieron escuelas, servicios de salud y ambientes recreativos como el Teatro.

A pesar de que estas construcciones eran símbolo de progreso y eficiencia industrial, su verdadero impacto iba más allá de lo material. Cada edificio era parte de un sistema mayor, la compañía no solo explotaba el carbón, al mismo tiempo, creaba un orden social, una forma de vida para miles de familias. Un sistema conocido como paternalismo industrial, que nos resulta clave para comprender cómo la ciudad de Lota se forjó a imagen y semejanza de la empresa.

## **1.2. Construcción de comunidad y paternalismo industrial**

La compañía carbonífera de Lota destaca en la historia, no solo por su alta producción de carbón, es también reconocida por proveer a la comunidad de viviendas, escuelas, hospitales y servicios básicos —todo dentro de un régimen privado—, si bien estas fueron las bases para el desarrollo demográfico de la comuna, resulta importante describir esta suerte de control y poder que tenía en cada aspecto de la vida de sus habitantes.

Se dio en Lota —al igual que en otras ciudades mineras del país— un paternalismo industrial. Godoy (2015) nos da un acercamiento a la definición de este concepto al considerarlo un conjunto de mecanismos de control que tiene como fin cubrir una serie de demandas sociales de los trabajadores (los mencionados anteriormente) que la empresa utilizaba para que las personas se ajustaran al ritmo de vida que les imponen. Los mineros y sus familias vivían en un “mundo” creado por la industria, de modo que aseguraban la existencia de mano de obra segura y adiestrada.

Sin embargo, esta aparente seguridad y bienestar eran muy engañosos. Este paternalismo brindaba estabilidad y un fuerte sentido de pertenencia, pero al mismo tiempo, creó una profunda dependencia, ya que, la vida entera de las familias dependía de la empresa. Aquí podemos detectar una fragilidad intrínseca en el sistema que pone en peligro el mundo conocido de las personas, la pérdida de este referente común significaría una experiencia de desarraigo. La comunidad sería despojada de todo aquello que siempre tuvieron, de un ritmo de vida constante, una manera de hacer y de vivir, dejándolos en un estado de desorientación y confusión.

## **1.3. La crisis del carbón y el cierre de las minas**

El 16 de abril de 1997 sonó por última vez el pito del Pique Carlos de las minas de Lota. A raíz de diferentes factores que venían azotando la industria del carbón desde mediados del s. XX. Entre estos, se destaca la disminución de la demanda a causa de “la generalización del uso del petróleo y la energía eléctrica en los procesos industriales y en los ferrocarriles, causó crecientes problemas de demanda a las empresas carboníferas.” (Memoria Chilena, s.f). A esto se sumaron limitaciones económicas internas, la necesidad de

expandir: los yacimientos cada vez más hacia el mar y la obsolescencia de los equipos elevaron significativamente los costos de extracción, volviendo la actividad insostenible. Esta inviabilidad ya se evidenciaba décadas antes: “Ya hacia la década del 60, distintos estudios demostraban la inviabilidad de la industria, debido a las características del proceso extractivo y a la no modernización oportuna de la misma” (Moyano, 2014, p. 14).

Aquel día, el último pito de la mina marcó más que el cese de una actividad económica de décadas; simbolizó el fin de una era y la disolución de un mundo. Si bien existían rumores de cierre y la comunidad percibía una larga declinación, descrita como “una suerte de enferma crónica que, aunque con intermitencias positivas, se agota cada día un poco más” (Rodríguez y Medina, 2011, p. 161) su término no se presentó como una transición elaborada, más bien, fue una fractura simbólica que detuvo el “reloj colectivo” de la comunidad. Esta decisión se tradujo en una experiencia de shock, ya que, miles de personas fueron despojadas de su sustento y, más importante aún, de su identidad. Encontrándose, de cara a un tiempo de desconcierto e inestabilidad:

¿Qué hacer con la propia vida? ¿Qué hacer con la ciudad? ¿Hacia dónde mirar? El cierre de las minas de manera indeclinable ubica a la población de cara a la incertidumbre y a nuevas angustias, esta vez definitivamente en el subsole. (Rodríguez y Medina, 2011, p. 163).

Esta incertidumbre existencial es la manifestación profunda del concepto de alienación que expliqué unas páginas atrás. Al detenerse el “reloj colectivo” la comunidad se vio atrapada en un limbo, los habitantes se vieron obligados a redefinir sus vidas y encontrar un nuevo significado en un territorio que, de un día para otro, se volvió ajeno para ellos. El cierre de las minas y el fin de la actividad carbonífera será el detonante para revisar los contenidos de sus propias vidas, que durante generaciones fueron parte del mundo carbonífero a través de los espacios y particularidades de la ciudad que contienen su memoria (Rodríguez y Medina, 2011). En las consecuencias culturales y simbólicas que la población debió enfrentar, se refleja esta crisis de sentido.

#### 1.4. Consecuencias culturales y simbólicas

Las preguntas que surgieron con el cierre de las minas —¿qué hacer con la propia vida? ¿Hacia dónde mirar?— encuentran respuesta en la dimensión cultural y simbólica de la crisis. Sabemos que, hasta entonces, la vida en Lota estaba organizada en torno a actividades y comportamientos cotidianos propios de la actividad minera: la sirena marcaba los turnos y regulaba la circulación urbana; las ocupaciones técnicas y los oficios especializaron cuerpos y saberes, asimismo las rutinas domésticas.

Estas forjaron la identidad propia de la gente del carbón, estaban profundamente arraigados a su trabajo. Una identidad que puede definirse como fuerte, pero sacrificada y riesgosa al mismo tiempo, donde su capacidad para dominar las profundidades de la tierra los definía. La pérdida de estos referentes simbólicos tras el cierre de la mina produjo una reconfiguración de sentido, todos los rituales que se crearon en torno a la mina tuvieron que ser reestructurados. Como observan Rodríguez y Medina (2011):

La memoria se funda y se expresa en un sistema de imágenes y relaciones que también entran en un proceso de reconfiguración socioespacial y temporal [...], ya que los rituales asociados a sus trayectorias y sus sistemas de referencia deben ser reestructurados. (p. 163).

Esta reestructuración de los rituales es la evidencia de una pérdida de identidad, de una forma de ser en el mundo que se ha desvanecido. Este desplazamiento no es únicamente simbólico: implica una crisis de autoimagen y de roles sociales, y explica por qué muchos habitantes sintieron que habían perdido su sentido y su lugar. Naturalmente, aquí nació el sentimiento de *no pertenencia* y desarraigo que quiero ahondar a continuación al perder la gente, su “lugar en el mundo” y su sentido de dirección —sensaciones que persisten hasta el día de hoy—.

A pesar de convivir con las estructuras que les recordaban su pasado minero —edificios, talleres, muelles, máquinas—, la comunidad tenía claridad respecto a que no podían volver a esa labor, lo que terminó por transformar también el sentido de los vestigios industriales, en dolorosos recordatorios ambiguos: por un lado, eran el testimonio de una

historia común; por otro, señales de un pasado inaccesible que aviva el duelo y la nostalgia. Aunque persistieron los espacios físicos, la imposibilidad de retomar la faena transformó esos objetos en materiales de memoria más que en recursos de vida. La ciudad, que antes era el reflejo de su propia identidad colectiva, se convirtió en un espacio que les resultaba ajeno, como si los propios lotinos fueran ahora forasteros en su propia tierra.

La crisis de identidad y el desarraigo experimentados en Lota, lejos de ser un fenómeno aislado, son un reflejo de procesos sociales y económicos más amplios que caracterizan a la modernidad. Demuestra un descenso en la capacidad colectiva de orientar sentidos y prácticas compartidas. Entonces podemos leer la crisis minera tanto en la transformación del paisaje como en la reestructuración de la imaginación social que sostiene la pertenencia.

En el siguiente capítulo me dispongo a indagar las herramientas conceptuales que nos permiten comprender esta fractura: cómo la alienación, entendida en su actualización contemporánea, y la idea de aceleración social, ayudan a leer la dimensión temporal y simbólica de lo ocurrido en Lota.

## CAPÍTULO 2. ALIENACIÓN Y ACELERACIÓN SOCIAL

### 2.1. Actualización del concepto

Para entender cómo se manifiesta este quiebre en la vida contemporánea, resulta pertinente revisar la actualización del concepto de alienación, siendo la primera herramienta conceptual que nos permitirá analizar las profundas transformaciones. El sociólogo Fernando Forero nos propone leerla desde una perspectiva que va más allá del análisis económico de Karl Marx, al entender la alienación como un fenómeno multidimensional que afecta la propia existencia, las relaciones sociales, lo simbólico y lo emocional, áreas que son clave para comprender la crisis ocurrida en Lota.

Para Forero, la alienación es un proceso de extrañamiento respecto de algo que nos resulta familiar, no puede existir si no hay una relación de por medio con ese mundo del cual nos hacemos extraños. Sin embargo, no es una pérdida absoluta del vínculo, sino una *distorsión* que convierte lo que era propio en una carga. El autor lo plantea de la siguiente manera: “Esto significa que en la vida alienada hay una distorsión de la relación de apropiación, el mundo no lo vemos como propio, sino que se hace ajeno, extraño, es una carga para nosotros” (Forero, 2021, p. 210).

Esta descripción se ajusta de manera precisa a la experiencia de la comunidad lotina. A quienes se les arrebató su sentido de pertenencia respecto de un lugar común y la intimidad construida con su mundo. Como mencioné anteriormente, la vida entera estaba ligada a la actividad minera y al desvanecerse esa realidad, el entorno familiar se tornó extraño. Contrario a lo que podría pensarse, la alienación no implica un olvido total o una ruptura definitiva. Como explica Forero, “La alienación nunca llega al completo olvido del mundo, sino que subsiste una resonancia entre él y nosotros” (2021, p. 219). Esa resonancia se manifiesta en el recuerdo de la comunidad minera, en los rituales y en la vida social, es un eco constante que se mantiene a través de la memoria. En Lota se vive una suerte de duelo colectivo entre la añoranza de un mundo que ya no existe y un presente que se siente ajeno.

Con la descripción otorgada por Forero podemos comprender la alienación como un proceso relacional, una deformación que mantiene viva la posibilidad del reencuentro con el

mundo. Sin embargo, para entender cómo esta experiencia se intensifica en la vida moderna, es necesario pensar el rol que desempeña el tiempo y el ritmo social en su configuración. La desaparición de la actividad productiva no es el único factor que desencadena la pérdida de pertenencia y el extrañamiento que atraviesan a comunidades como la de Lota, sino que también se deben a un contexto histórico en el que las transformaciones suceden a una velocidad sin precedentes. En este punto, las reflexiones de Hartmut Rosa resultan esenciales para permitir situar la alienación dentro del marco más amplio de la aceleración del cambio social, entendida como una fuerza que disuelve las estructuras estables de sentido y deteriora los vínculos que antes sostenían la vida colectiva.

## **2.2. Aceleración social y el fin de los ritmos colectivos**

Hartmut Rosa propone que la cualidad distintiva de la modernidad tardía es más que el cambio constante, es también la aceleración de todos los procesos sociales. Rosa sostiene que esta velocidad altera nuestra manera de experimentar el tiempo, las relaciones y el mundo que habitamos. Esta aceleración implica un modo de vida caracterizado por la inestabilidad y la obsolescencia, en otras palabras, nada dura lo suficiente como para generar sentido o pertenencia. Desde esta perspectiva, —y en relación con lo establecido con Forero— la alienación se produce cuando el sujeto ya no logra establecer resonancia con su entorno, de modo que, queda atrapado en una dinámica de adaptación constante.

El sociólogo alemán distingue tres formas de aceleración interconectadas: la tecnológica, que corresponde al desarrollo desenfrenado de los medios de producción, transporte y comunicación; la **aceleración del cambio social**, que se refiere a la creciente rapidez con que las instituciones, las prácticas, los valores y las formas de vida colectiva se vuelven obsoletas y son reemplazadas; y la aceleración del ritmo de vida, que se entiende como la sensación de que el tiempo nunca alcanza. Como conjunto, estos procesos generan lo que el autor denomina un “desajuste temporal” entre las personas y el mundo que habitan, produciendo así una sensación de desorientación y desajuste. En el caso particular de este ensayo, la segunda dimensión resulta especialmente relevante, pues con ella podemos comprender cómo los cambios estructurales que siguieron al cierre de las minas desarticulaban el orden social establecido durante un siglo.

El autor explica que para que una persona sienta cercanía o familiaridad con cierto espacio territorial, para sentirse cómodo y “en casa” en los lugares que habita, requiere tiempo para desarrollar una forma de intimidad, incluso con aquellas partes que no usa o necesita. Pero estas formas de intimidad o familiaridad tardan tiempo en desarrollarse y la conexión con determinado espacio geosocial requiere estabilidad para no perderse (Rosa, 2016). Al enfrentar el caso de Lota, la teoría de Rosa permite argumentar que el desarraigo experimentado es producto del violento choque entre la inercia de la tradición y la velocidad implacable del cambio económico y político, pues como ya sabemos, la comunidad tuvo certeza durante mucho tiempo de que *su lugar en el mundo* era el territorio alrededor de las minas —en su mayoría gracias a la cantidad de años que las cosas permanecieron igual— pero la aceleración del cambio social interrumpió esta seguridad que sentían.

La comunidad lotina vivía en una especie de “burbuja”, que no les permitía ser conscientes de cómo cambiaba el estilo de vida de la sociedad contemporánea. Estaban tan acostumbrados a *su modo de vida* que, ante la pérdida repentina de esta burbuja —o la institución que los dirigía— junto con las transformaciones urbanas y culturales, se rompieron los lazos afectivos y simbólicos que ligaban a la comunidad con su territorio. Los espacios que antes contenían recuerdos, historias y sentido quedaron vacíos: “no cuentan ninguna historia, no contienen recuerdos, no están entretnejidos con la identidad de uno” (Rosa, 2016, p. 149).

La velocidad con la que ocurrieron los hechos impidió que la comunidad procesara el duelo por su antiguo mundo, provocando una desconexión entre el pasado y el presente. Se volvieron obsoletas todas aquellas cosas que les daban sentido, generando así un sentimiento de suspensión temporal, ahora debían vivir en un presente que no se vincula ni con la historia ni con las expectativas de futuro.

Este sentimiento de suspensión temporal y de un presente sin anclaje, provocado por la aceleración, nos conduce directamente al problema del sentido colectivo. Si la velocidad del cambio social anula el pasado y vuelve efímera la identidad, la comunidad pierde la capacidad de proyectar un futuro compartido. Esta pérdida del horizonte colectivo y de la fe en un mañana mejor es lo que el sociólogo Tomás Moulian analizó bajo el concepto de crisis de la utopía.

### 2.3. La pérdida del horizonte compartido

Hartmut Rosa describe la pérdida del horizonte colectivo como una consecuencia de la aceleración social, con el análisis de Moulian podemos leerla dentro del contexto chileno. Moulian (1997) sostiene que la sociedad chilena, postdictadura, vivió un proceso de continuidad disfrazado de cambio, al que denomina *transformismo*. Este fenómeno se caracteriza por la capacidad del sistema para absorber estímulos de transformación y convertirlos en una normalidad compatible con la lógica neoliberal. Con esta dinámica operando, las antiguas utopías que unían la acción colectiva y la esperanza de un futuro común se desvanecen, dando paso a una cultura de conformismo y adaptación. En lugar de imaginar un mañana mejor, la sociedad se organiza en torno a la administración del presente y el éxito individual, sustituyendo la búsqueda de justicia por la promesa de estabilidad.

Esta explicación permite entender que lo ocurrido en Lota fue, además de una crisis económica, la anulación de un proyecto histórico. Durante más de cien años la comunidad minera representó un horizonte compartido que le daba sentido a la vida cotidiana: la solidaridad entre obreros, las organizaciones sindicales y la confianza en que el trabajo y la unión podrían construir un futuro digno. Es en esta fe colectiva donde se distingue una forma local de utopía, un imaginario de progreso y pertenencia sostenido por la continuidad de la mina. Sin embargo, el cierre y desmantelamiento de la estructura productiva rompieron ese tejido simbólico. Lo que antes representaba orgullo y propósito se transformó en ruina y silencio. La anulación de este proyecto generó un vacío de sentido, obligando a los habitantes a vivir en un presente que no se conecta con las expectativas que había sobre el futuro, sino que se organiza en la mera administración de lo que existe.

Como advierte Moulian, “el olvido representa el síntoma oscuro del remordimiento de una vida negada” (1997, p. 32), una forma de defensa ante los recuerdos que aún duelen. En Lota, este olvido no ha sido voluntario, sino forzado por la disolución del horizonte que sostenía la vida común. La comunidad fue empujada a vivir en “un presente que obliga, como destino inexorable, a restar sentido al pasado” (Moulian, 1997, p. 32). Pero es justamente en ese vacío donde la memoria y la nostalgia se vuelven necesarias para volver a narrar el tiempo y recomponer sentido.

En este sentido, la crisis de Lota se reconoce como un síntoma profundo de la modernidad tardía. La comunidad experimenta una alienación temporal y simbólica: la pérdida de su mundo, su ritmo y su horizonte. Esta condición se explica mediante la confluencia de los procesos descritos por Forero, Rosa y Moulian: la alienación como pérdida de mundo, la aceleración social como disolución del tiempo y la crisis de la utopía como anulación del proyecto colectivo.

En conjunto, estas dimensiones configuran una experiencia de desarraigo que excede lo local: lo que ocurre en la comuna es una manifestación concreta de una “enfermedad” contemporánea. Donde el progreso se impone a costa de la conexión con el entorno y del sentido compartido que sostiene a las comunidades. Lo que se pierde es una forma de comprender el mundo, una narrativa colectiva que daba coherencia al tiempo y a la experiencia.

La modernidad, con su promesa de avance, deja atrás territorios y cuerpos desfasados, casi expulsados del ritmo de la historia. Lota se convierte en una metáfora de esa fractura moderna: un lugar donde la memoria del trabajo, la solidaridad y la pertenencia persisten como ecos de un mundo que se desvanece.

Ante este panorama, pensar la nostalgia no como ese retorno ingenuo al pasado, sino como una forma crítica y afectiva de reconstruir sentido, se vuelve una oportunidad para releer el presente desde la memoria y activar nuevas formas de comunidad. El siguiente capítulo se enfocará en este mecanismo de respuesta y en la necesidad de comprender si esta vuelta al pasado funciona como una herramienta de resistencia que permite la recomposición del sentido perdido, o si, por el contrario, simplemente profundiza el desarraigo, examinando la función cultural de la nostalgia en la re-narración del tiempo colectivo lotino.

## CAPÍTULO 3. LA NOSTALGIA COMO RECURSO CULTURAL

### 3.1. Nostalgia: restaurativa vs. reflexiva

Tras la disolución del horizonte compartido descrito anteriormente, la comunidad quedó suspendida en un presente sin anclaje. En busca de orientación y como resultado de la aceleración del cambio social y el deterioro de los vínculos simbólicos, nace la necesidad de mirar hacia el pasado. En este marco, la nostalgia no debe entenderse como una mera melancolía, sino como un mecanismo cultural que surge para enfrentar la crisis del tiempo y del sentido. Es el dispositivo principal que utiliza la comunidad para intentar volver a narrar su tiempo y restaurar lazos. Por ello, el acto de recordar se vuelve una estrategia para recomponer la continuidad entre lo que fue y lo que aún puede ser, un intento de aceptar el duelo por el mundo que se desvaneció y, al mismo tiempo, encontrar una forma de habitar el presente sin quedar completamente perdidos en él.

Svetlana Boym (2015) propone una lectura de la nostalgia como una emoción histórica, arraigada a las personas desde hace mucho tiempo, pero vista como algo “negativo” a partir de las guerras europeas. Ella explica que la nostalgia es una respuesta natural ante las fracturas del progreso moderno. En sus orígenes, fue considerada una patología del alma: una incapacidad de adaptarse al tiempo moderno. Sin embargo, advierte que este diagnóstico ocultaba un conflicto más profundo: “La nostalgia no era solo una preocupación personal, sino una amenaza pública que reflejaba las contradicciones de la modernidad y que adquirió una gran relevancia política” (p. 28). Es decir, la nostalgia se vuelve un síntoma de una época en la que el progreso se impone por sobre la experiencia humana del tiempo, lo que deja un vacío que busca ser llenado con memoria y deseo.

En su clasificación, la autora distingue dos modos de habitar esta pérdida: la **nostalgia restaurativa** y la **nostalgia reflexiva**. La primera intenta reconstruir el hogar perdido; busca volver a una realidad imaginaria, que no acepta el paso del tiempo y las contradicciones del presente. Esta tiende a ser política y esencialista, pues tiene su base en la ilusión de que se puede recuperar el pasado intacto. Si llevamos esta lógica al plano de Lota, podríamos reconocerlo en la idealización del pasado minero, en la evocación del orgullo obrero y la época sindical de los 60 como una edad dorada que debemos restaurar.

La nostalgia reflexiva, en cambio, asume la fractura temporal y acepta que es imposible regresar. En lugar de restaurar, contempla. Boym explica que esta forma de nostalgia es la añoranza de un “**espacio de experiencia**” que ya no encaja con el horizonte de expectativas. Es una forma de mirar el pasado para comprender el presente, un espacio crítico que nos permite reconocer las pérdidas sin negarlas.

Desde esta perspectiva, la nostalgia que atraviesa a Lota puede verse como las dos caras de una misma moneda. Por un lado, los esfuerzos patrimoniales y conmemorativos pueden entenderse como manifestaciones de nostalgia restaurativa, que intenta reafirmar una identidad construida sobre el heroico pasado. En palabras de la artista: “Es como si la conmemoración ritual funcionara como un remiendo provisional ante la naturaleza irreversible del tiempo” (Boym, 2015, p. 42). Por otro lado, existe también una nostalgia reflexiva, menos notoria, que logra reconocer la imposibilidad del retorno y transforma la ruina en un espacio de resignificación que incluye al colectivo. Esta forma de nostalgia se aleja de la idea de reconstruir literalmente el pasado, más bien, intenta crear resonancia con el presente: abrir un espacio común donde el recuerdo, el duelo y la esperanza coexistan como parte de un mismo gesto crítico y reflexivo.

### **3.2. La memoria social**

El duelo traspasa el ámbito individual, cuando una comunidad atraviesa una pérdida general, se desarrolla un proceso de elaboración conjunta del dolor que inicia la memoria social. Para la psicóloga Elizabeth Lira, esta memoria surge como una respuesta ante el trauma histórico y cumple con una función reparadora al reconocerla y valorarla:

La reparación se funda en el reconocimiento de las víctimas y de sus derechos; en la afirmación de que a causa de los atropellos han experimentado daños y sufrido diversas consecuencias en sus cuerpos y mentes que han llegado a afectar gravemente a sus familias, sus vínculos cercanos y la vida de la comunidad a la que pertenecen (Lira, 2010, p. 17).

Recordar, entonces, no es un acto pasivo, sino una forma de reconstruir el lazo entre los individuos y el mundo compartido que se quebró. En Lota entendemos este proceso como

un duelo colectivo ante la “desaparición” de la mina —entre comillas, porque aún existe, pero ya no tiene la misma relevancia— y la desarticulación del proyecto de vida compartido. La memoria social actúa aquí como un intento de reparación simbólica del daño, de reintegración de las experiencias de pérdida en una narrativa que traiga devuelta la conexión con el presente.

Lira hace una distinción entre memoria e historia: La historia busca objetividad y distancia, la memoria, en cambio, se agarra del testimonio, el afecto y la experiencia vivida. La historia se inclina por clausurar los acontecimientos, mientras que la memoria los mantiene abiertos para poder elaborarlos. A partir de esta diferencia, podemos entender la memoria desde una función política: se opone al olvido impuesto y a las versiones oficiales que buscan enterrar el pasado. La historia del progreso nacional hizo a un lado el relato del carbón, dejándolo en la categoría de obsoleto, mientras que la memoria colectiva insiste en mantenerlo vivo —a través de testimonios y objetos que siguen circulando entre las personas—. Esta persistencia es una forma de dignificar la experiencia obrera y de afirmar la vida, aun cuando las estructuras hayan desaparecido.

La memoria social, además de ser una forma de resistencia, tiene también una dimensión terapéutica. La psicóloga señala que “lo que se intentaba era restablecer la relación del sujeto con la realidad, buscando recuperar su capacidad de vincularse con las personas y las cosas, de proyectar su quehacer y su futuro” (Lira, 2010, p. 20). Es decir, que el acto de recordar colectivamente permite restablecer el vínculo entre las personas y su entorno, uniendo lo que estaba roto. Esto no se trata de negar la herida, sino de reconocerla y transformarla en una posibilidad de reconstrucción, es un proceso que no borra el dolor, pero sí facilita la resignificación de la experiencia y el rescate de aquello que aún puede ser reparado en medio de lo irreparable.

Al recordar de forma colectiva no solo se implica la conservación del pasado, sino también la reparación del tejido simbólico que permite reconocerse como comunidad. La memoria social, al volver a inscribir el duelo en el espacio público, transforma la pérdida en posibilidad. En Lota, quienes formaron parte de la historia del carbón y sus descendientes se convierten en sujetos de memoria, sustituyendo al sujeto histórico del trabajo por una comunidad que recuerda y narra. De esta forma, los espacios industriales —las ruinas, los

monumentos, el museo— dejan de ser reliquias para pasar a ser sitios de memoria, lugares donde la nostalgia reflexiva se hace práctica viva. En ellos, la comunidad reinterpreta su pasado para darle un nuevo significado. De este modo, la memoria social, en conjunto con la nostalgia reflexiva, ofrece un camino para recomponer el sentido colectivo que se fracturó con la modernidad. Lo que sobrevive no son solo imágenes del pasado perdido, sino la capacidad de imaginar un futuro a partir de él.

### **3.3. La nostalgia en Lota**

Al cerrarse las minas, la comunidad lotina se vio atrapada por un pasado cargado de sentido y un presente que no encuentra orientación. En esa posición, la nostalgia se convirtió en un modo de sostener la memoria colectiva, como una respuesta cultural frente a la pérdida. No es solo melancolía, sino una necesidad de permanecer vinculado a un mundo que desapareció con demasiada rapidez. La alienación temporal y simbólica los impulsa a moverse hacia el recuerdo, buscando sentido en los fragmentos del pasado que aún resuenan. La nostalgia opera como un duelo social, donde recordar es también una forma de sobrevivir.

Esta nostalgia se materializa en diversas prácticas sociales: relatos, objetos conservados, fiestas conmemorativas y proyectos patrimoniales que buscan mantener viva la memoria/historia del carbón. En estas acciones se expresan las dos dimensiones de nostalgia que describe Svetlana Boym, en Lota, coexisten ambas fuerzas. Las políticas patrimoniales y los discursos oficiales tienden hacia la restauración de una identidad minera, las manifestaciones más íntimas dan cuenta de una nostalgia reflexiva que intenta sostener el eco de su pasado.

En las ruinas industriales de Lota se concentra la tensión entre memoria y pérdida. Son fragmentos materiales que hablan de un tiempo detenido, pero, a la vez, de una resistencia silenciosa ante el olvido. En este sentido, la nostalgia reflexiva no busca reconstruir ni traer de vuelta la épica perdida, intenta mantener viva la relación afectiva con un pasado compartido. Al evocar el mundo minero, no se pretende regresar a un tiempo idealizado, es preservar la resonancia de una identidad compartida que —de manera distinta— sigue operando en la vida de los lotinos. De esta forma, la memoria se vuelve un

gesto político y creativo, un modo de reconocer que los restos aún tienen voz, que son cuerpos de memoria, reclamando ser notados, recordados y resignificados.

La nostalgia en Lota se ha transformado en una práctica de resistencia afectiva que mantiene viva la relación entre las personas y su historia. Se transformó en un acto que trata de mantener vivo el latido de aquello que nos une al pasado. La memoria encuentra una forma de permanecer, a través de los vestigios industriales, de los relatos familiares y del silencio en el paisaje. Las ruinas de Lota nos hablan de un tiempo detenido, pero también de una voluntad por seguir recordando.

Es desde aquí, que el arte surge como un terreno donde es posible continuar con ese gesto, un espacio donde el recuerdo se vuelve visible, donde se unen la materia y la emoción para pensar de otro modo el tiempo. En su hacer, el arte interrumpe y nos invita a contemplar. El siguiente capítulo trata precisamente de esto, el vínculo entre arte, memoria y alienación, explorando cómo las prácticas artísticas pueden devolver la resonancia al presente y volver habitable el espacio entre lo que fue y lo que aún somos.

## CAPÍTULO 4. EL ARTE COMO LUGAR DE RESONANCIA

### 4.1. Sobre la obra: *Ruinas de Lota, cuerpos de memoria*

#### 4.1.1. Proceso e intención

La obra *Ruinas de Lota, cuerpos de memoria*, nació de la necesidad de volver a mirar. Mirar no solo lo que Lota fue, sino lo que aún permanece vivo. Durante años, el paisaje de la comuna se presentó como un cuerpo sin voz, erosionado por el tiempo y la carencia de atención. Sin embargo, en esa misma quietud, comencé a percibir un pulso, un llamado que pedía traducción. La obra surge desde ese impulso; la búsqueda de una forma material que pueda ser el contenedor de vivencias, afecto, y la fragilidad misma de la memoria, y que, al mismo tiempo, le otorgue valor.



Figura 1. Constanza Flores. *Sin título*. 2025. Glicerina con cubierta de arcilla. 5x5x5 cm

El proceso comenzó de manera intuitiva, casi como un juego. La glicerina se presentó inicialmente por su transparencia y su cualidad táctil, y posteriormente por su capacidad de contención y preservación, lo que me permitió guardar imágenes y, simbólicamente, detener el tiempo. A través de la experimentación, aprendí las maneras de extraer el mayor potencial de este material, siempre desde el deseo de mostrar la delicadeza de la memoria.

A partir de estas primeras aproximaciones, se fue configurando el camino de la obra, desde el material y sus formas, hasta las decisiones sobre montaje, escala y experiencia del espectador. El siguiente apartado reúne los momentos claves de

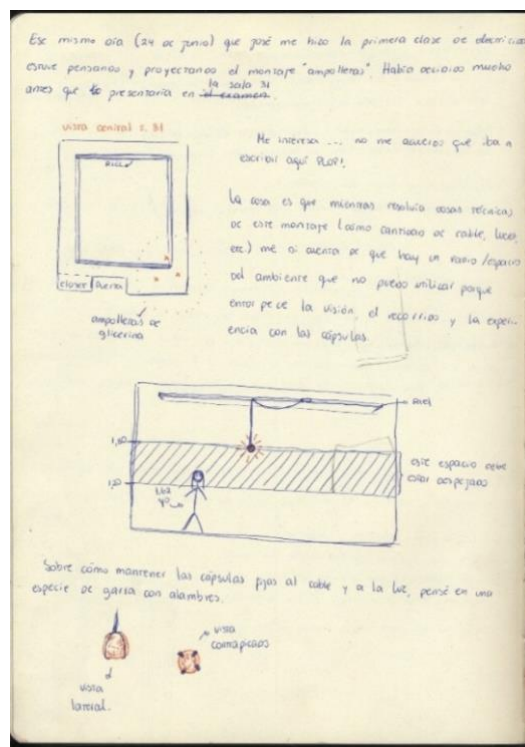


Figura 2. Constanza Flores. 2025. Apunte bitácora.

este proceso, tanto las pruebas de material como las decisiones formales que dieron lugar a la forma actual de la obra.

#### ***4.3.2. Primer acercamiento al material: la glicerina como contenedor***

El punto de partida fue el material mismo. Antes de pensar en Lota o en la memoria colectiva, lo que movía mi práctica era poder entender lo que la glicerina podía comunicar por sí sola.

En las primeras pruebas, mi atención se centró en la forma; en el molde que contenía la glicerina, en la manera en que se adaptaba, se resistía o se quebraba. Al principio, las piezas estaban cerradas, no se podía ver del todo su interior, generando una mezcla de frustración y curiosidad (véase Figura 1). Al momento en que decidí quitar la “cáscara” de arcilla, el material cambió por completo, la luz comenzó a atravesarlo y con ella se revelaba lo antes oculto. Esa transparencia transformó la lectura de las piezas y, de alguna manera, también la intención de mi trabajo. Comprendí que la memoria no puede ser sellada, sino **expuesta a la luz**, respirando entre opacidad y claridad.

Estas primeras experiencias me permitieron reconocer la glicerina como un cuerpo sensible, frágil, casi orgánico. La obra se tornó en una conversación con el material, más que en una imposición de forma. Mi bitácora registra esos momentos de ensayo y error (véase Figura 2 y 3), donde cada experimento funcionaba también como una forma de pensamiento.

Fue en ese diálogo entre error y hallazgo que empecé a intuir que lo que estaba construyendo no era solo una serie de objetos, sino una manera propia de habitar la memoria. La glicerina se convirtió en una metáfora de lo que permanece y lo que se desvanece, de aquello que se conserva solo en la medida en que se cuida.

### 4.3.3. Ensayar la forma de mostrar

Las pruebas de montaje marcaron un punto de inflexión en el proceso. Hasta el momento, mi relación con la obra era puramente material, enfocada en las posibilidades de la glicerina. Sin embargo, al comenzar a pensar en cómo mostrar las piezas, surgió una nueva interrogante —la más importante desde mi punto de vista—: el encuentro con el espectador.

Mis profesores fueron quienes me alentaron a explorar la cuestión formal más allá del objeto, probando diferentes alturas, distancias y modos de disposición, a preguntarme cómo quería que el espectador se encontrara con las piezas y qué tipo de relación buscaba generar. Fue cuando comprendí que la obra no aborda únicamente de lo que contiene, sino también la manera en que se presenta y se activa en el espacio.

En esas pruebas de montaje fue donde comencé a entender que mi obra necesitaba un cuerpo, una estructura que sostuviera y activara el diálogo entre memoria, materia y mirada. Al mismo tiempo, inicié la toma de decisiones en cuanto a cantidad, tamaño y disposición de las piezas en el espacio. Cada cambio respondía a una pregunta sobre cómo se percibe el conjunto, y sobre el tipo de atmósfera que deseaba crear.

Adquirí conocimiento sobre electricidad, montaje, luz, entendiendo cómo cada elemento, por mínimo que fuera, afectaba la experiencia

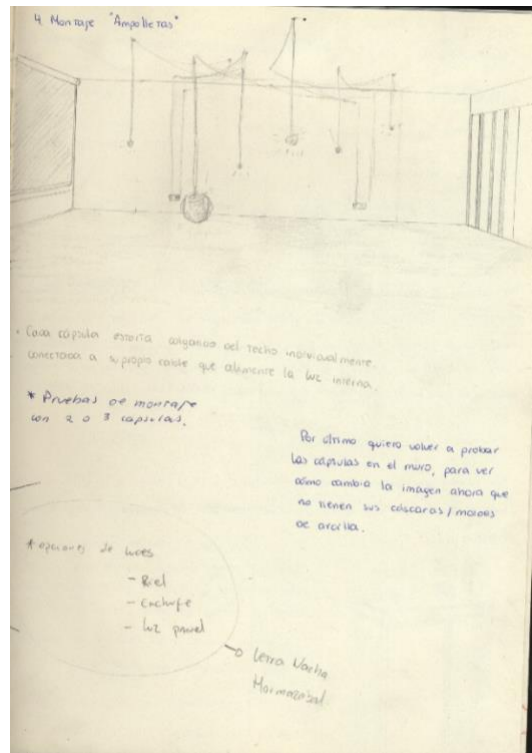


Figura 3. Constanza Flores. 2025. Apunte bitácora.

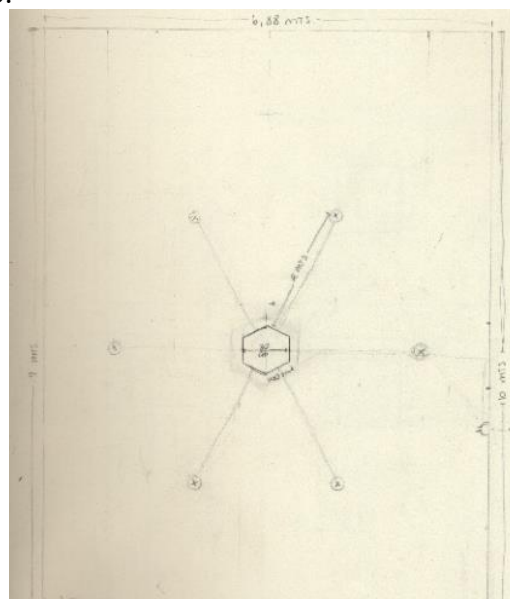


Figura 4. Constanza Flores. 2025. Apunte bitácora.

completa. Estas exploraciones me permitieron acercarme al lenguaje que hoy sostiene *Ruinas de Lota, cuerpos de memoria*, un conjunto de decisiones materiales que, más allá de lo formal, reflejan un deseo de reconstruir el vínculo entre lo que es y lo que se recuerda.

#### 4.3.4. *Ruinas, memoria y territorio (descripción final de la obra)*

El desarrollo final de la obra se articuló a través de dos estructuras principales (véase Figura 4). La primera consiste en seis varillas metálicas negras, que sostienen, en sus extremos, piezas de glicerina talladas en forma de mineral (véase Figura 5). En su interior se encuentran pequeñas imágenes de los monumentos nacionales de Lota cuando aún estaban en pie, cuando su presencia era sinónimo de actividad y pertenencia. La glicerina, teñida de un negro grisáceo y aromatizada con olor a pino, se activa mediante una luz que asciende desde las varillas, recordando que luz y materia no pueden existir la una sin la otra.



Figura 5. Constanza Flores. *Cuerpo 1: Castillo*. 2025. Varilla de metal, luz led, glicerina e impresión fotográfica. 130x10 cm.

La segunda estructura es un plinto hexagonal que sostiene tres volúmenes de acrílico recubiertos por la misma glicerina oscura (véase Figura 6). Estas formas reproducen los monumentos en su estado actual: desgastado, abandonado, ruinoso. Desde el interior del plinto, emergen luces que iluminan y revelan las piezas, con esta activación se develan sus características, como sus grietas, sus carencias y su deterioro.



Figura 6. Constanza Flores. *Ruina 1: Centenario*. 2025. Acrílico recubierto en glicerina y luz led. 20x6x7 cm.

Para mí, este proceso fue una forma de reconciliación. Cada cable, cada conexión, cada prueba era también un gesto de cuidado. Comprendí que la memoria necesita de una red

para difundirse, que el presente solo se enciende cuando se conecta al pasado. A medida que avanzaba, entendí que la obra ya no hablaba solamente de mi desconexión con Lota, sino del deseo de volver a sentirme parte de un territorio compartido. Más que representar una ruina, la obra busca activar un vínculo entre la imagen y la materia, entre cuerpo e historia, y entre quienes habitamos este lugar.

En este contexto, la glicerina actúa como un contenedor del tiempo. Su transparencia permite ver lo que resguarda, pero también marca una distancia; con su brillo invita al acercamiento, pero su fragilidad obliga a hacerlo con cuidado. Aquí nace una tensión entre lo visible y lo intocable, que es donde se encuentra el sentido más importante de la obra: la resonancia. Esta, según Hartmut Rosa (2019) implica una relación viva entre nosotros y el mundo, una correspondencia que nos hace sentir sostenidos. La obra intenta precisamente restituir la relación resonante con el territorio, permitiendo que el pasado responda y nosotros podamos escucharlo.

La obra se concibe como un lugar habitable, en la cual las personas pueden detenerse, observar y compartir una misma emoción. Me interesa generar curiosidad en quienes se acerquen, que se sientan atrapados por el brillo o el olor, que reconozcan una imagen y, en ese gesto, algo de sí mismos. La nostalgia que se propone no es melancólica, sino reflexiva; es una pausa para recordar juntos y volver a sentir el peso de lo común.

*Ruinas de Lota, cuerpos de memoria* fue, para mí, dar el primer paso hacia una forma de reconstrucción. El trabajar con los restos del territorio me permitió descubrir que la memoria no está únicamente en los archivos o los relatos, sino también en los materiales, en los gestos y la luz que los atraviesa. Cada pieza encendida es una afirmación de existencia, una forma de decir que seguimos aquí.

Con la obra busco conservar y reanimar. Su sentido está en lo que provoca, no solo en lo que muestra. Deseo que quienes la vean se reconozcan como parte de ese impulso que la sostiene y le dio su origen, que puedan volver a sentir la comuna como un lugar vivo. Si la memoria es una corriente, la práctica artística tiene como deber encenderla y hacerla circular. El recuerdo solo tiene sentido cuando se comparte.

## CONCLUSIÓN

Hablar del tiempo en la modernidad es hablar, inevitablemente, de pérdida y desconexión. La aceleración contemporánea descrita por Hartmut Rosa no solo reorganiza los ritmos de la vida, a su vez, transforma la manera en que las personas se vinculan con su entorno, con su historia y con su comunidad. En este contexto, el mundo se percibe como un objeto distante, difícil de habitar afectivamente, esta experiencia que corta el vínculo afectivo es una experiencia de alienación; el mundo pierde su voz, se torna distante, y nosotros dejamos de sentirnos parte de él. Esta investigación comenzó precisamente desde esa tensión, la sensación de que algo se había roto entre el territorio de Lota y quienes lo habitan, una fractura entre memoria, presente y sentido de pertenencia. Reconocer este fenómeno permitió abordar el problema de fondo, ¿cómo restituir el vínculo en un contexto marcado por la velocidad, el abandono y el desgaste simbólico?

En este recorrido teórico fue posible comprender que la alienación no es un fenómeno meramente individual, sino un efecto estructural de la modernidad tardía. Forero plantea que la alienación surge cuando el mundo deja de responder, cuando la relación con lo real se vuelve opaca. Desde otra perspectiva, Rosa explica que dicha opacidad se debe al régimen temporal que acelera todo, menos la capacidad de resonar (conectar) con el entorno. En contraste a ello, desarrolla la idea de resonancia, el cual es un modo de relación caracterizado por la reciprocidad, es decir, la capacidad del mundo de afectar y ser afectado. Este marco conceptual permitió iluminar la pregunta central de este trabajo: ¿de qué manera el arte puede contribuir a reactivar el vínculo debilitado? ¿Puede el acto creativo convertirse en un espacio donde la memoria vuelva a hablar?

Ya en este punto, la nostalgia se volvió un concepto clave. A lo largo de esta investigación, la lectura de Svetlana Boym permitió deshacer la noción tradicional que la concibe como un mirar hacia atrás cargado de idealización. Boym distingue entre nostalgia restauradora —que busca reconstruir un pasado intacto— y nostalgia reflexiva —que reconoce las huellas del tiempo como parte inseparable de la memoria. Siendo esta última el enfoque desde el cual pensar la experiencia lotina, una forma de mirar que no pretende regresar a un origen perdido, sino comprender y cuidar aquello que persiste. La nostalgia

reflexiva se reveló como un gesto crítico, capaz de resistir al olvido y de abrir un espacio para reinterpretar las ruinas, no como un fracaso, sino como un testimonio vivo.

La investigación histórica realizada permitió observar que el caso de Lota no puede entenderse solo desde la pérdida económica o laboral, más bien como un trauma territorial de largo aliento. Los documentos del Archivo Histórico de Concepción, los escritos de Astorquiza y los análisis sobre la reconversión minera de Rodríguez y Medina dan cuenta de un proceso complejo en el que no solo se cerró una industria, también un modo de vida completo. Las minas no eran únicamente espacio de trabajo, estas constituían la organización social, afectiva y simbólica que estructuró durante décadas la identidad colectiva.

El cierre de los piques mineros significó la desarticulación de esa red comunitaria, produciendo un sufrimiento colectivo. Además de sufrir una pérdida laboral, se perdió a la vez un imaginario compartido. Las ruinas industriales, los monumentos dañados, las casas obreras deterioradas son el rastro material y la evidencia viva de un quiebre que aún no ha sido procesado del todo. La memoria del carbón persiste en el territorio de manera fragmentada, interrumpida y a veces silenciada.

Desde esta perspectiva, el patrimonio material de Lota adquiere una dimensión crítica. Se trata de estructuras antiguas, reliquias arquitectónicas, pero también de un archivo encarnado en el paisaje, en las prácticas cotidianas y en la sensibilidad colectiva. Tal como señala Godoy en su análisis sobre la configuración urbana del paternalismo industrial, el espacio habitado es también un espacio vivido, cargado de afectos, tensiones e historias compartidas. En este sentido, la pregunta por cómo activar este patrimonio se convierte en una cuestión tanto estética como política.

Con este recorrido, es posible afirmar que los objetivos planteados al inicio de este ensayo fueron alcanzados de manera coherente. En primer lugar, se logró analizar cómo la aceleración y la alienación transformaron la identidad colectiva en Lota, mostrando que la pérdida de resonancia no es solo individual, sino también histórica y comunitaria. El caso lotino permitió observar cómo la desconexión se inscribe tanto en los paisajes como en las prácticas y memorias compartidas.

En segundo lugar, la revisión de autores como Rosa, Boym, Forero y Bourriaud permitió entender el fenómeno de desarraigo desde perspectivas diferentes, pero complementarias. Sus aportes ofrecieron las herramientas necesarias para comprender cómo se configuran —también cómo pueden recomponerse— los vínculos afectivos entre las personas y su territorio. Con la articulación de estas perspectivas se pudo leer el caso de Lota como un fenómeno sociohistórico y al mismo tiempo, como un escenario donde operan fuerzas emocionales y simbólicas.

En tercer lugar, se examinó cómo la nostalgia puede operar como un recurso para sostener o reactivar conexiones afectivas y colectivas, especialmente en contextos marcados por una crisis social. La nostalgia reflexiva emergió como una forma de resistencia que no busca restaurar lo perdido, sino otorgarle valor a lo que permanece. La nostalgia se despliega como una herramienta capaz de abrir espacios de reconocimiento y sentido.

En cuarto lugar, se reflexionó críticamente sobre el papel del arte contemporáneo como un instrumento para contrarrestar procesos de desarraigo y silenciamiento. La noción de estética relacional permitió comprender cómo las prácticas artísticas generan situaciones de encuentro y formas de comunidad momentánea, mientras que la teoría de la resonancia mostró cómo la experiencia estética puede restituir nuestra capacidad de sentir el mundo. En este marco, el arte aparece como un medio para reactivar vínculos, abrir pausas y devolverle importancia a la experiencia.

Finalmente, el análisis crítico de la obra *Ruinas de Lota, Cuerpos de memoria* permitió vincular las nociones teóricas con un proceso artístico concreto. La instalación funcionó como un espacio donde se exploraron las tensiones entre memoria, afecto y territorio mediante decisiones formales, que buscaron activar una relación resonante entre el espectador y las ruinas de la comuna. Más que ilustrar una idea, la obra permite experimentar físicamente lo que esta investigación propone, que la memoria puede volver a encenderse cuando encuentra un soporte sensible, un lugar donde circular y hacerse presente.

En el proyecto artístico desarrollado, estas dimensiones teóricas encontraron un lugar de concreción. *Ruinas de Lota, Cuerpos de memoria* se compone de dos estructuras: las varillas metálicas que sostienen las piezas de glicerina con imágenes antiguas de los

monumentos de Lota, y el plinto hexagonal que contiene las versiones actuales de esas mismas formas, ahora en su estado ruinoso. La luz, al recorrer los cables y estructuras, opera como un hilo conductor que vincula ambas temporalidades, recordando que el presente solo se activa cuando se conecta con el pasado.

La glicerina —con sus cualidades matéricas— funciona como metáfora del tiempo detenido, pero también como materia viva que exige cuidado. La obra no pretende estetizar la ruina, sino reanimarla; no exhibe un pasado clausurado, más bien muestra una historia que aún pulsa. En su conjunto, la instalación se concibe como un espacio de resonancia, un territorio sensorial donde los espectadores pueden reencontrarse con la memoria del lugar desde una experiencia íntima y colectiva. Esto sitúa la obra en la línea de lo propuesto por Bourriaud: la creación como una situación relacional, donde el sentido emerge del encuentro.

Al activar los monumentos, la obra sugiere una forma de entender el patrimonio. Ya no como un archivo frío, sino como superficie de afecto y diálogo entre generaciones. En esta propuesta, el arte sigue la intuición planteada por Rosa, quien sostiene que la resonancia es la forma de recomponer la relación con el mundo, incluso en contextos donde la historia ha sido marcada por la pérdida.

A partir de esta investigación, se abre un campo fértil para profundizar en el cruce entre memoria, territorio y creación artística. El caso de Lota da cuenta de la necesidad urgente de pensar el patrimonio no solo desde la conservación material, al mismo tiempo desde la activación afectiva. La experiencia estética puede aportar herramientas para resignificar lugares dañados, permitiendo que la comunidad vuelva a encontrarse con su historia de manera crítica, sensible y compartida.

Desde este punto, se propone pensar en el cuidado del patrimonio material e inmaterial de lugares que fueron cruciales en la consolidación de una comunidad y de un país. Conservar estos monumentos y velar por su permanencia en el tiempo, habla sobre nosotros como agentes responsables de nuestra historia e identidad.

Asimismo, la obra desarrollada plantea posibilidades para futuros proyectos que articulen memoria colectiva y prácticas contemporáneas, especialmente en aquellos

territorios que fueron atravesados por procesos de desindustrialización. Explorar narrativas visuales y materiales experimentales podría ampliar las formas de resonancia entre las personas y su entorno.

En síntesis, esta investigación muestra que el arte no solo representa la memoria, la reactiva. Contempla y habita la ruina. Frente al ritmo acelerado que erosiona los vínculos, la creación se presenta como un acto de cuidado —cuidar la historia, el territorio, los afectos y la experiencia—. En este sentido, *Ruinas de Lota, Cuerpos de memoria* busca abrir un espacio donde las preguntas puedan seguir circulando. Si la memoria es una corriente, entonces el arte puede ser el dispositivo que la haga circular, invitándonos a reconocer que, incluso entre las ruinas, algo sigue latiendo.

## Bibliografía

- Archivo histórico de Concepción. (30 de agosto de 2025). Lota y el carbón. <https://www.archivohistoricoconcepcion.cl/minisitios/economia-y-sociedad/lota-y-el-carbon>
- Astorquiza, O. (1929). *Lota antecedentes históricos*. Sociedad imprenta y litografía Concepción.
- Astorquiza, O., Galleguillos, O. (1952). *Cien años del carbón de Lota*. Editorial zigzag.
- Biblioteca Nacional de Chile. *Lota y Coronel (1854-1995)*. Memoria Chilena. (31 de agosto de 2025). <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-734.html>
- Bourriaud, N. (2008). *Estética relacional*. Adriana Hidalgo Editora.
- Boym, S. (2015). *El futuro de la nostalgia*. Antonio Machado Libros.
- Broncano, F. (s. f.). *Dos sentidos de alienación*. <https://laberintodelaidentidad.blogspot.com/2019/12/dos-sentidos-de-alienacion.html>
- Campbell, O. (2023, 31 de julio). *¿Cómo funciona la nostalgia y por qué somos propensos a ella?* National Geographic España. <https://www.nationalgeographic.es/ciencia/2023/07/como-funciona-la-nostalgia-y-por-que-somos-propensos-a-ella>
- Claudio Álvarez Terán. (2023, 25 diciembre). «*ACELERACIÓN Y ALIENACIÓN*» - Hartmut Rosa. *La aceleración es el problema, la resonancia la solución*. [Vídeo]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=jGXV0XNIYNc>
- Colquhoun, M. (2024). No más mañanas de lunes deprimentes. En: *Deseo postcapitalista*. (pp. 7-43). Caja negra.

- Forero-Pineda, F. (2021). ¿Qué es alienación? Perspectivas para la actualización de un concepto del pensamiento social crítico. *Praxis Filosófica*, (52), 203-224. <https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i52.10713>
- Godoy, M. (2015). Las casas de la empresa: Paternalismo industrial y construcción de espacio urbano en Chile. Lota, 1900-1950. *Universum (Talca)*, 30(1), 115-136. [https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0718-23762015000100008](https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0718-23762015000100008)
- Lira, E. (2010). Trauma, duelo, reparación y memoria. *Revista de estudios sociales*, (36), 14-28. <https://journals.openedition.org/revestudsoc/13104>
- Moulian, T. (1997). *Chile actual: Anatomía de un mito*. LOM ediciones.
- Moyano Barahona, C. (2014). El cierre de las minas de carbón en Lota y Coronel. Representaciones sociales desde el sindicalismo en los 90. *Revista de Humanidades*, (29), 191-217.
- Patrimonio industrial Biobío. (3 de septiembre de 2025). Archivo bibliográfico. <https://patrimonioindustrialbiobio.cl/biblioteca-2>
- Reyes, S., Rodríguez, J-C., Medina, P. (2014). El sufrimiento colectivo de una ciudad minera en declinación. El caso de Lota, Chile. *Horizontes Antropológicos* [En línea], 42. <http://journals.openedition.org/horizontes/748>
- Rodríguez, J-C., Medina, P. (2011). Reconversión, daño y abandono en la ciudad de Lota. *Atenea (Concepción)*, (504), 147-176. [https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-04622011000200009&script=sci\\_arttext](https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-04622011000200009&script=sci_arttext)
- Rosa, H. (2016). *Alienación y aceleración: Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz Editores.

Rosa, H. (2019). *Resonancia. Una sociología de la relación con el mundo*. Katz Editores.